

# LA NUEVA PRENSA

El número 10 centavos  
Se publica los martes, jueves y domingos

SEMI-DIARIO DE LA TARDE,  
Periódico Político y de Variedades

El número 10 centavos  
Tipografía LA PRENSA LIBRE

Oficinas: Avenida 12, Oeste, casa n.º 55, en el mismo local de la Tipografía, frente a la Plaza de Dolores, 50 varas al Oeste del establecimiento de los Phillips; y también en la Librería Moderna de don Antonio Font, recibirán órdenes para la Admon. de este periódico. Apartado de correo n.º 100  
Los escritos sin firma y que ocupen las columnas editoriales pertenecen al Redactor.

Redactor responsable,  
**Víctor J. Góeher**  
Administrador,  
**José Antonio Valladares**

TODO PAGO DEBE SER ANTICIPADO.  
**Publica anuncios con especial atención.**  
Los remitidos a \$ 7.00 columna y \$ 4.00 media columna. Las publicaciones que se admitan deben estar de acuerdo con la Ley de Imprenta.

**CONDICIONES:**

No se devuelven manuscritos ni se contestan cartas de remisión.  
Suscripción mensual \$ 1.00  
Número del día..... 10 centavos  
Id. atrasado..... 15  
Avisos, cada inserción, 1 centavo el centímetro cuadrado.  
Avisos por meses, semestres ó años, precio convencional.

**Agentes.**

- Heredia..... Alberto Quesada L.
- Limón..... O. Heilbron.
- Curridabat..... Rafael León
- Cartago..... N. Fernández N.
- Grecia..... Enrique Saborío G.
- San Ramón..... Federico Salas.
- San Mateo..... Fidel Quesada.
- Esparta..... Benigno Mena
- Puntarenas..... Fermín Tapia S.
- Montes de Oro..... Julio Martínez
- Puriscal..... Emilio Bermudes.
- Juan Vías..... Federico Aymerich.
- Santa Ana..... Gerardo J. Valverde

Se solicitan agentes.

**ADVERTENCIAS:**

Los suscritores de las poblaciones que no estén enlazadas con la capital por ferrocarril deben enviar mes por mes el valor de la suscripción y de no ser suspendidas al terminarse el mes por el cual hayan sido pagadas.  
Las cartas en solicitud de suscripciones, que no vengan acompañadas del valor respectivo, no serán atendidas.  
No se insertarán remitidos ni avisos que no estén suscritos por persona conocida, que asuma la responsabilidad legal.  
En la sección CAMPO NEUTRAL se publicarán los comunicados de interés particular, ó sobre asuntos personales, siempre que se hallen escritos en lenguaje cuido y de acuerdo con la Ley de Imprenta.  
Ningún remitido que venga sin el valor de la inserción será publicado, y pasados quince días se mandará quemar. Los corresponsales podrán usar de estilo festivo, cuando á bien lo tengan y expresarse con entera libertad, pero sin frases ofensivas ni sistemáticos ataques personales contra nadie. Cuando á pesar de esta advertencia incurriesen en infracción, sus escritos serán oportunamente enmendados, ó suprimidos del todo.

Esto duró dos semanas, al cabo de las cuales el portero le dijo:  
—Ya sabe usted que nadie se acuerda en este mundo del santo de su nombre.

Y era la verdad. Todos los vecinos recibían cartas, y él no. No recibir cartas es no conocer á nadie y carecer de crédito, de autoridad y de influencia.

Bonifacio comprendió al fin que estaba completamente aislado en el mundo y que vivía a parte como un leproso.

Nadie se interesaba por él y si se hubiese muerto, nadie habría derramado una lágrima ante su cadáver.

Resuelto á que cambiara en cierto modo su situación, un día se le ocurrió una idea, que no tardó en poner en práctica.

A la mañana siguiente, al regresar Bonifacio de uno de sus habituales paseos, llamóle el portero y le dijo:

— Señor Richard, aquí hay tres cartas para Ud.

— ¿Si? — murmuró el provinciano con aire de indiferencia.

Y, con efecto, eran tres las cartas. Una de ellas muy perfumada, otra con el sello de los almacenes del Louvre y otra consistente en una tarjeta postal, en la que se solicitaba un socorro.

Al día siguiente recibió cuatro, en una de las cuales ostentábase en el sobre una corona de conde. La correspondencia fue en aumento y no había correo que no trajese algo para Bonifacio Richard.

La situación de nuestro hombre experimentó un cambio inmediato. El portero se mostraba amable y obsequioso y los inquilinos saludaban al provinciano en la escalera.

Hasta en el café de la esquina los parroquianos llegaron á prodigarle todo género de consideraciones.

Es de advertir que Bonifacio tomaba tan en serio la cosa, que él mismo escribía el texto de las cartas que se remitía, redactando súplicas, esquelas de convite, pésames y hasta declaraciones de amor.

Cuando recibía el correo no dejaba de leer toda su ficticia correspondencia.

En la mesa de su despacho su alma se metamorfoseaba hasta lo inconcebible.

Tan pronto tenía un alma de ministro como de comerciante, de actor, de militar, de tendero de comestibles ó de cortesano.

Fingía las actitudes, la voz y la manera de los personajes que representaba, y era verdaderamente el tipo evocado por su imaginación.

Y su placer se centuplicaba con el goce del creador, al ver desfilar ante él aquella serie de individuos imaginarios, engendrados por su fantasía.

Nunca abría un sobre sin examinarlo y palparlo, como para averiguar su procedencia. Después leía ante todo la firma, y exclamaba:

— ¡Carta de Machín!

O bien:

— ¿Qué demonios querrá de mí este animal?

Luego se ponía á leer, interrumpiéndose con exclamaciones por este estilo: "¡Qué estúpido!" "¡No, no, no paso por eso!" "¿Por quién me habrá tomado á mí ese hombre?"

Un día se escribió un anónimo, y, al rebirlo exclamó indignado:

— ¡No sé cómo hay gente tan miserable que cometa estas villanías!

En otra ocasión se dió una cita al pié del Obelisco, y á las dos en punto de la tarde estuvo en el sitio indicado. Esperó un cuarto de hora, y, viendo que nadie se presentaba, dijo pestes contra los que gastan bromas tan pesadas y tan estúpidas.

A los sesenta años no podía resistir ya Bonifacio en el trabajo formidable que se había impuesto.

Así es que abandonó de pronto su correspondencia y se alejó de París.

Actualmente vejeta en su país natal, entretenido en catalogar y clasificar sus papeles.

Durante la velada reúne á sus compañeros de su juventud y les lee algunas de sus cartas, principalmente las que se había dirigido de parte de los personajes más importantes de París.

MAURICIO LEBLANC.

**Don Raimundo el propagandista**

Nuestro inofensivo amigo era el tipo acabado del pacífico burgues, descuidado en su traje, pero cuidadosísimo de no enojar jamás á su mujer por nada ni por

nadie. Económico como una hormiga y hasta un si es ó no es avaro, consentía en llevar coleta un año entero si su media naranja no le ponía en la mano un par de pesetas y le ordenaba ir derecho donde Pedro Muñoz para hacer el sacrificio de sus cabellos sobrantes. A don Raimundo le gustaba la cerveza Leona y el vino de Manzanilla; pero valientemente se privaba de esos líquidos para entregar incólumes á su mujercita los veintidós reales de la leche que vendía todos los días en la puerta de su casa, ordeñada por su propias manos.

Don Raimundo llevaba él mismo las vacas al prado: almorzaba á las diez, después de haber ayudado en las faenas de la casa, y luego se ocupaba en expendio de materias primas para los arquitectos por cuenta de una señora que confiaba en él, ni más ni menos que porque llevaba generalmente el cabello largo como poeta rotulado y trágico.

Tenía también á su cargo los libros de algunas farmacias y se desvivía por servir de perito ú hombre bueno donde quiera que eso pudiera ser.

En fin, que don Raimundo era feliz; ganaba unos \$ 150 mensuales y en cuanto un amigo le preguntaba, ¿qué tal? se le humedecían los ojos y con un nudo en la garganta, respondía:

— Ay, amigo, todos los días más pobre. Acabo de pagar una fianza... Y era cosa de dejarlo porque parecía próximo á desmayarse á uno en los brazos.

Preparábanse unas elecciones: se susurraba que el Gobierno se haría reelegir y la oposición se disponía á usar todo su poder para evitarlo.

Un caballero particular se presentó en casa de don Raimundo y conferenció con la señora, por estar nuestro burgues en su oficina. Cuando llegó á las cuatro en punto, sorprendiose de hallar todo listo, pues siempre era él el encargado de poner á la mesa platos y cubiertos. La parienta tenía un aire de misterio y una risita y un modo de mirarle como pensando:

— ¡La suerte que le espera á este bendito!...

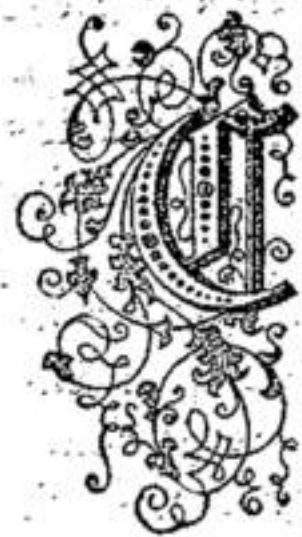
— ¿Qué tienes, Chanita? preguntó risueño.

— Si vieras!... Te vino á bus-

## Cuentos del domingo

Domingo 14 de Agosto de 1898

**LAS CARTAS DE BONIFACIO.**



ADA cual tiene su vocación. La de Bonifacio Richard consistía en abandonar la capital de provincia donde vivía para residir definitivamente en París.

Desde su infancia sentíase arrastrado de un modo irresistible hacia la gran ciudad, de la que hablaba como si la conociera en sus más mínimos detalles.

Esto le daba extraordinaria importancia entre sus vecinos. De las paredes de su despacho pendían planos de París, en los que se veía, señalado con lápiz rojo, el sitio donde viviría, una vez hubiere redondeado su fortuna.

Bonifacio Richard se negó á casarse con una hija del país y cuando sus negocios le permitieron realizar su idea, rompió con todas sus relaciones.

Tenía Bonifacio cincuenta años cuando se presentó por primera vez en la capital y alquiló un cuarto en una de las calles más céntricas de París.

Eligió una casa en la que había muchos inquilinos.

Los primeros meses fueron deliciosos para el provinciano, que había ido á tomar posesión de su reino.

Discurría solo por las calles, sin querer preguntartar á nadie el camino que debía seguir, en

la creencia de que él se bastaba para ir á cualquier parte. Así es que muy á menudo se perdía, viéndose precisado á tomar un carruaje para regresar á su domicilio.

Una cosa le sorprendía en extremo; el no entrar en relaciones con nadie. La soledad comenzaba á molestarle, y por lo tanto, deseaba hacerla desaparecer cuanto antes. Pero una invencible timidez le ataba la lengua y le comprimía el cerebro.

Había proclamado durante tantos años la supremacía de los parisienses, que se sentía inferior, ridículo y pequeño ante ellos.

Parecíale que la gente se le reía en su cara.

Viendo que eran inútiles sus tentativas, inventó varias distracciones, entre ellas la de contar los pasos que daba durante sus largas caminatas por París y sus alrededores.

Pero Bonifacio se cansaba de todo, y empezaba á aburrirse en la capital de sus ensueños.

En todas partes no recibía más que desengaños, y hasta el portero de su casa, que se mostraba muy amable con todos los inquilinos, apenas le saludaba.

—Tengo que conquistar á ese hombre—pensó Bonifacio—y es preciso que entable relaciones con él.

Diariamente entreabría la puerta y preguntaba.

—¿Hay alguna carta para mí? Y el portero le contestaba en tono burlesco:

—No, señor; ninguna.